

DEVELADO, ESTA MAÑANA, EN EL PARQUE DE LA FRATERNIDAD, UN BUSTO DEL GRAL. JOSE ARTIGAS, LIBERTADOR DEL URUGUAY

sep 21/45 *Pdx*
 "Así como Cuba recibe de pie el busto de Artigas, Uruguay ha de recibir la grave efigie del apóstol Martí". N. Serrato

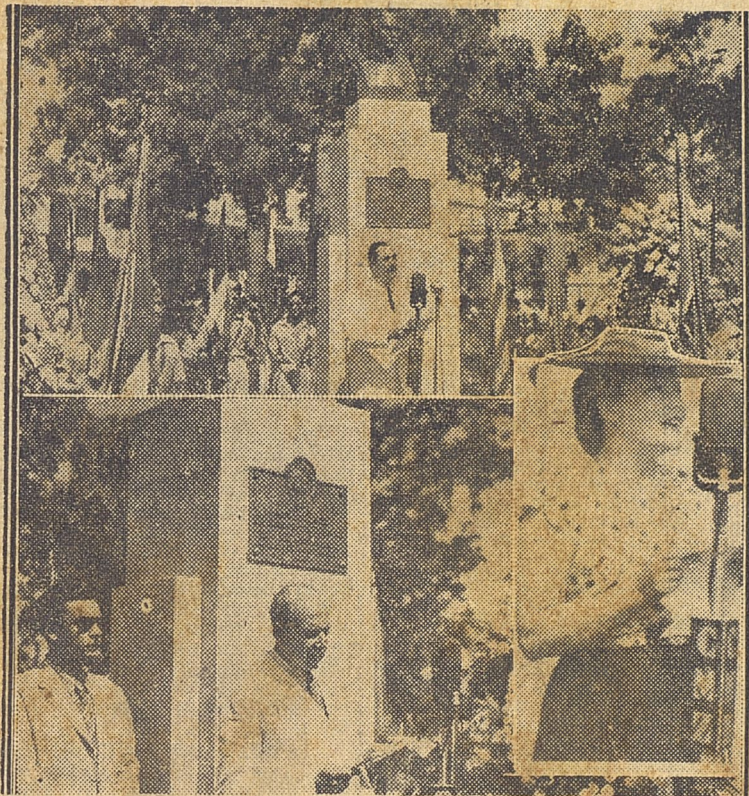
Esta mañana tuvo efecto en la Plaza de la Fraternidad, de La Habana, el acto del develamiento del busto del libertador José Gervasio Artigas, héroe nacional de la República Oriental del Uruguay, acto al

que asistió selecta y numerosa concurrencia.

Organizó la ceremonia la Sociedad Colombista Panamericana, que

Página OCHO — No. (1)

DEVELAMIENTO DEL BUSTO DE ARTIGAS



Tres momentos de la inauguración, a las diez de esta mañana, en la Plaza de la Fraternidad Americana, del artístico busto de José Gervasio Artigas, donado por Uruguay a Cuba en prueba de solidaridad. El acto estuvo auspiciado por el ministerio de Estado y

la Sociedad Colombista Panamericana. Arriba: el busto. Y ante él, el señor ministro del Uruguay hablando. Luego a la derecha la señora Yolanda Leonart dice unas bellas palabras. Y, a la izquierda el doctor M. A. Campa, en un momento de su discurso.



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

recibió de los estudiantes uruguayos el busto de Artigas donado por ellos como homenaje a Cuba.

El busto de Artigas, emplazado en una artística base de cantería, tiene una leyenda que dice: «Artigas: Libertador del Uruguay. La Patria de Artigas a la Patria de Martí. —1944.

Presidió el acto, en representación del presidente de la República, Dr. Grau San Martín, el ministro de Estado, doctor Cuervo Rubio, a quien acompañaba el ministro del Uruguay, Excmo. Sr. Nelson García Serrato; el subsecretario de Estado, señor Rafael P. González Muñoz; miembros del Cuerpo diplomático y Consular cubano y otras personalidades.

Una vez descubierto el busto, la señora Yolanda Leonart de Piedra Bueno recitó unos versos escritos especialmente para esta ocasión, siguiéndola en el uso de la palabra los doctores Miguel Ángel Campa, presidente de la Sociedad Colombista Panamericana; el ministro del Uruguay, Excmo. señor Nelson García Serrato y el ministro de Estado, doctor Gustavo Cuervo Rubio, parte de cuyos discursos reproducimos a continuación.

DISCURSO DEL DR. CUERVO RUBIO

Del discurso pronunciado por el ministro de Estado, doctor Cuervo Rubio, son estos párrafos de más relieve y significación:

«A medida que el tiempo transcurre van agigantándose las grandes figuras continentales, haciéndose justicia cumplida y necesaria a quienes pusieron al servicio de los pueblos americanos cuanto era indispensable para el establecimiento de un nuevo régimen de libertad y derecho.

«Hoy nos congregamos al pie del monumento de José Gervasio Artigas, el caudillo inmortal que hizo posible, con su bregar constante, el nacimiento de la hermana República Oriental del Uruguay, porque fue nuestro héroe el intérprete glorioso de las ansias y aspiraciones de sus conciudadanos y porque su conducta trazó un camino.

«En este ambiente que nos circunda, en la Plaza que hemos llamado de la Fraternidad, alrededor del árbol que crece y se nutre con la tierra generosa traída de todos los pueblos libres de América, arrancada a los campos donde se consagraron las mejores jornadas por la felicidad humana, van reuniéndose las figuras cumbres de los distintos pueblos hermanos, como si la posteridad, alejada de las pasiones y luchas, quisiera vincular el espíritu de tantos esforzados paladines en una simbólica unión de grandeza generosa y amor de cuantos en distintas épocas y diversas latitudes se entregaron a la tarea de establecer estas modernas sociedades, sobre bases permanentes y eternas de justicia, compenetración y libertad.

«Grande fue Artigas, como genio militar, y sus victorias en San José, su campaña forzando la evacuación de la Colonia y principalmente, la batalla en Las Piedras le consagran

como guerreo inviduable. Son momentos brillantes de su carrera, pero es más hermoso cuando, habiéndose firmado el armisticio que levanta el sitio de Montevideo, Ronceau se retira a Buenos Aires y Artigas, silencioso y triste, emprende la marcha hacia la margen occidental y establece el campamento en Ayuí; porque aquella decisión de no abandonar su tierra, aquel espectáculo de sus hombres leales y principalmente la incorporación voluntaria de la población civil siguiendo al caudillo hacia lo desconocido, sin recursos, sin otra seguridad de la miseria y el hambre, sin otro horizonte que el sufrimiento seguro, sin que alentara a su alrededor la menor esperanza, es la más alta consagración al héroe por su pueblo y debe haber sido en aquella hora triste, la hora más honda, más pura, más firme, de su agitada existencia.

«Y aquel carácter firme, enérgico, indomable, tuvo su última expresión viviente, cuando en la agonía pronunció aquellas últimas palabras: «Yo no debo morir en la cama, sino montado en mi caballo. Traíganmelo, que quiero montar!!»

«Estos hombres-símbolos deben ser analizados por nuestros pueblos de la América para que sientan con la conducta de tantos precursores de la libertad sin mixtificaciones; de la democracia sin engaños; de la igualdad sin distingos; de la consagración sin condiciones; del sacrificio sin reservas y del servicio a la patria, con la emoción hermosa y pura de nuestra más honda pasión, ya que así deberá ser la necesaria unión tan deseada de nuestros pueblos nacidos de la misma idea: unión en la felicidad y en la desventura; sagrada, como nuestras creencias; pura, como las pasiones de juventud; honda, como el pensamiento de nuestros grandes hombres; dispuesta al sacrificio como nuestros sueños de libertad nos enseñaron; sincera, como el cariño fraternal; definitiva, como la eternidad; así, bajo la sombra de nuestros grandes hombres, ha de ser nuestra unión en la felicidad como en la desventura.»

DISCURSO DEL MINISTRO DEL URUGUAY

Correspondió al ministro del Uruguay, Nelson García Serrato, decir entre otras cosas las siguientes:

«Cumplio con sagrada emoción el deber de entregar, en nombre del Gobierno y del pueblo de la República Oriental del Uruguay, la efigie en bronce del general José Gervasio Artigas a la noble y amante custodia de la nación cubana, en esta histórica Plaza donde se levanta el árbol simbólico de la confraternidad continental y se yerguen, serenadas en la majestuosa eternidad del bronce, las figuras inmortales de los Grandes de América.»

«Aquí Artigas; a su frente Simón Bolívar y a su vera Domingo de Almagro; más allá Lincoln, Juárez y Petión; más allá, asimismo, los sitios reservados a José de San Martín y a otros paladines de la libertad colectiva; y discurriendo entre ellos,



amable y profética, la sombra augusta de Martí; podemos decir que América misma, a través de sus héroes, asiste a esta grata y solemne reafirmación de la amistad jamás interrumpida entre el Uruguay y Cuba.

Dos poetas, el uno uruguayo y el otro cubano, el señor general don Edgardo Ubaldo Genta y el doctor Andrés de Piedra Bueno, concibieron con ardiente fervor la feliz iniciativa de erigir un busto de Artigas en la Habana —obra afortunada del escultor Edmundo Pratti— y otro de Martí en Montevideo—obra fuerte y a la vez primorosa del escultor Ramos Blanco— para crear, al soplo del arte y de la historia, un vínculo más entre nuestras patrias.

«Me place recordar la lírica fuente del impulso creador, para hacer

justicia a los gobiernos y a los pueblos que lo acogieron con generosa y vivificante simpatía, demostrando que en estas tierras de América, entre pueblos jóvenes y en veces turbulentos y exaltados, manda el espíritu sobre las cosas y tiene el ideal sobre las muchedumbres una fascinante atracción irresistible.

«Y así, como Cuba recibe de pie al busto de Artigas, fundido en simbólico bronce donado por los escolares y los estudiantes de Montevideo, el Uruguay ha de recibir en fecha próxima, con los máximos honores y tributos del alma nacional, la grave efigie del Apóstol magno y heroico de las libertades cubanas.

«En nada parecía un general— cuenta el presbítero Dámaso Antonio Larrañaga—. Su traje era de paisano y muy sencillo. Pantalón y chaqueta azul, sin vivos ni vueltas, zapatos y media blanca de algodón. Sombrero redondo con gorro blanco y un capote de bayetón, eran todas sus galas, y aun todo esto pobre y viejo». Mas, aquel victorioso que vestía de civil y huía de la ostentación y las vanidades, según Larrañaga, conocía mucho «el corazón humano, principalmente el de nuestros paisanos», y no había así quien le igualara «en el arte de manejarlos». Y esa sabiduría de las humanas cosas, y aquella sencillez llevada hasta el sacrificio de los halagos de la carne y los bienes de la tierra, explican el sostenido imperio de su influencia sobre el pueblo, ya que el pueblo, cualquiera sean su nombre, su posición geográfica y su procedencia racial, abomina de quienes se enriquecen a su costa, o se regocijan a su merced, o se encumbran sobre su dolor. «Todos lo rodean y todos lo siguen con amor, no obstante que siguen desnudos y llenos de miseria a su lado, no por falta de recursos, sino por no oprimir a los pueblos con contribuciones, prefiriendo dejar el mando al ver que no se cumplían sus disposiciones en esta parte» —decía el mismo Larrañaga—. Es que su lazo no estaba fuera, sino dentro, en el aseo del alma.

«En el Gobierno que ejercía desde el pueblo que llamó simbólicamente «Purificación.» aplicó en hervientes realidades los principios de su vida y de su lucha. Fiel a su ideal de que «el objeto y el fin del Gobierno debe ser conservar la igualdad, libertad y seguridad de los ciudadanos y de los pueblos», desdénó la estéril histrionería declamatoria, la bullanga inútil y el teatralismo infecundo, para desvelarse por la suerte de sus compatriotas. Organizó la «escuela de la patria», creó la Biblioteca Nacional, encauzó las corrientes de la democracia incipiente, firmó con Inglaterra el primer tratado de comercio de la América española; dictó normas para garantizar el imperio de la justicia; propició el desarrollo de las industrias; previno y defendió a la libertad contra los enemigos emboscados, «lobos vestidos con piel de oveja que nos hacen la guerra más odiosa»; difundió la cultura; protegió el libro; deseó que cada uno de sus conciudadanos fuese un ejemplar de la historia de la revolución americana; y enseñó para siempre la lección heroica de que «cuando se enarbola nuestra bandera, es para no bajarla jamás con deshonra de los orientales»

«Entra la amargura en su alma, se encorva su cuerpo sobre la tierra a que sus manos sarmentosas arrancan el sustento, y no tiene quien fuera otrora señor de hombres, más amigos que su viejo asistente, un negro fiel que simboliza la lealtad; pero, sus labios temblorosos y agraces se cierran obstinados para el reproche, la queja, o el agravio.

Silencio poblado de secretos, recuerdos e intuiciones, parecía el de la muerte, pero era, sin embargo, la esperanza en el milagro de la resurrección.

«Cuando el 23 de septiembre de 1850 entra en agonía, aquel hombre taciturno y silencioso, saca fuerzas de flaquezas para pronunciar, según Asunción García, estas últimas palabras dignas de la inmortalidad: «Yo no debo morir en la cama, sino montado en mi caballo. ¡Tráiganmelo que voy a montarlo!»

«¡He aquí la gloriosa y prodigiosa resurrección artiguista!

«Sobre su corcel de guerra, la sombra del viejo Artigas, padre inmortal, sigue vigilando las fronteras físicas y morales de su patria, custodiando el derecho y la libertad de sus conciudadanos, promoviendo y garantizando el desarrollo de la democracia, y ofreciendo a América, única e indivisible, el tribuno de la devoción y la lealtad de los uruguayos. Es nuestro numen, nuestro culto y nuestra fe.

«Por ello, honorable señor presidente de la República, agradezco en nombre del Uruguay vuestra ilustre presencia en este acto, y os digo que el mejor y más alto homenaje a Artigas, es el que vos, que lucís una investidura otorgada por el sufragio del pueblo y gobernáis en su representación y por su orden, habéis develado su inmortal efigie de soldado, apóstol y maestro de la democracia.»



4

DISCURSO DEL DR. MIGUEL ANGEL CAMPA

He aquí algunas de las frases pronunciadas por el presidente de la Sociedad Colombista Panamericana, doctor Miguel Angel Campa:

La Sociedad Colombista Panamericana ha elegido para esta ceremonia, que refleja el alto espíritu de cordialidad de nuestros pueblos, el día 21 de septiembre, aniversario de un hecho que, por memorable en la Historia del Uruguay, es también señalado en los fastos de toda la América libre.

Lo mismo hubiéramos podido verificarla, sin hacerle perder carácter de oportunidad, el próximo 10 de octubre, que marca un aniversario más del glorioso acontecimiento en que Céspedes y los cubanos del 68 abren una era en la lucha ingente para obtener la libertad de la isla esclava.

En este 21 de septiembre, bien lejos ya del de 1808, de consecuencias tan trascendentales para los países del Plata, se conmemora la reunión, en Montevideo, del «Cabildo Abierto», primera etapa hacia la independencia de la América Austral, pues allí el pueblo oriental elige una junta propia, presidida por el gobernador Elio, que lo independiza del virreinato de Buenos Aires, actitud imitada solamente dos años después por los bonarenenses.

¡Bien cabe en esta congregación de inmortales, la inmortal figura de José Gervasio Artigas, el libertador y estadista, aquel que definió como agravio colectivo el agravio a cualquier pueblo de las Américas! ¡Bien cabe junto a Bolívar, junto a Lincoln, junto a Juárez, junto a Petión! ¡Bien cabe en esta Plaza de la Fraternidad y en el corazón de nuestra Habana!

Porque vuestras glorias, señor ministro, glorias nuestras son. ¿No fue, acaso, el Uruguay el pueblo generoso que ayudó a Martí, el que lo equiparara a sus propios hijos, al investirlo con el rango de delegado plenipotenciario en conferencias internacionales, ofreciéndole su representación diplomática, que es el más alto galardón que pueda otorgar un gobierno?

Nuestras manos, reverentes, aquí

colocan a vuestro Artigas; las manos dignas del presidente de la nación cubana, doctor Ramón Grau San Martín, han develado su efigie; la reverencia del pueblo cubano aquí lo mantendrá.

Estos fundadores, índices o custodios del ideal de un continente, soldados o estadistas, los que surgieron después de ellos, los que vendrán tras nosotros, cualquier lugar o raza de donde procedan, cualquier idioma en que se expresen, nos pertenecen a todos. Serán siempre símbolos colectivos y ese es el privilegio milagroso, ese es el signo teológico de la conciencia americana, que hace de cada una de nuestras nacionalidades cantera de emulaciones, enseñanza y devoción para todos los demás.

Por eso no podrían sentirse extrañas entre sí estas sombras augustas. Todas hablan el lenguaje de la libertad que proclamaron. Todas ellas escucharán complacidas nuestras benditas palabras de fraternidad, tan olvidadas para su desventura por otros pueblos, pero a las que, al menos, los americanos de hoy queremos dar un pleno sentido de eterna vigencia regional.

Para cerrar el acto desfilaron los alumnos de la escuela pública número 20 «República Oriental del Uruguay», cuya cantoría ejecutó el himno nacional uruguayo; los alumnos del Instituto Cívico Militar, con su banda de música y abanderados de las 21 repúblicas americanas.

La banda de música municipal, dirigida por el maestro Gonzalo Roig, ejecutó al final el himno panamericano.

Paris, Sept 21/45

